

PARALISIS ECONOMICA

Vamos a ocuparnos hoy, y siempre que a ello nos inviten las circunstancias u ocasiones, de un tópico de verdadera actualidad que está afectando en su fibra más delicada el organismo de la sociedad y del pueblo todo de Costa Rica; y nos llama la atención sobremanera que su Prensa honrada y de buena voluntad, en estos momentos de dura prueba, selle sus labios con la marca más dolorosa: con la marca del silencio.

Hasta de los inocentes es sabido que la actual crisis mundial nos azota peor que a los países beligerantes del Viejo Continente: que nuestro pueblo padece hambre y miserias y que los costarricenses somos de un espíritu caritativo y humanitario sin ejemplo.

Yo, que nunca mojo mi pluma sino es en beneficio público, creo de mi deber ahora humedecerla en busca de la panacea que reclaman las dolencias de los desheredados de la fortuna, sin vanas pretensiones y deliberados propósitos, porque somos de los que participamos de la idea de que en los actuales momentos de penuria general, esa prensa está llamada a desempeñar papel más importante dentro de los límites sociales que su misión le marca, como fuente generadora de alivio para los desgraciados.

¿Qué se consigue en el terreno de lo positivo anunciar a grandes caracteres, que fula no se suicidó por hambre, que perencejo apuró un tóxico por que las cargas de la vida ya le eran insoportables? Nada, absolutamente nada. Sensacionalismo barato en el campo de de las teorías y nada más. No, señores; lo práctico es: si nos sentimos miembros de una sociedad por la cruenta y escabrosa labor que nos hemos impuesto en nuestro viaje por este planeta, tan lleno de ilusiones y desencantos, apuntemos—está bien—las llagas que corroen esa sociedad; pero junto con la dolencia indiquemos el cauterio, si queremos gozar del prestigioso atributo de ser dignos acólitos de ella.

Por mi parte, sé decirlo con ingenua franqueza: no estoy de acuerdo con aquel modus vivendi social, ni tampoco estimo cuerdo ni sensato que un país como el nuestro que sufre miserias y calamidades a causa de la hecatombe europea, acuerde auxilios o emolumentos para exportarlos con fines caritativos para quienes quizá no estén necesitando, como

nosotros ese auxilio. No creo justo ni correcto también, salvo que por exhibición y por no abandonar el cariz que tenemos de *quijotes*, el caso de que nos preocupe más la miseria del extrañío que nuestra propia miseria. O es que vivimos en constantes desequilibrios, o es que las bases inconvencibles sobre que descansa la sociedad amenazan derrumbarse.

Porque, a la verdad, yo no concibo cómo pueda ser posible que nuestra filantropía y desprendimiento, nunca desmentidos, escojan campo tan lejos para adquirir títulos de nobleza, practicando un acto de caridad tan piadoso como piadoso pudiera ser el que efectuásemos con nuestros propios hermanos, cuyo suelo es más que suficiente campo donde derramar ese bálsamo tan consolador.

No, señores, por ese camino creo que vamos extraviados y es preciso que nos vayamos acostumbrando a una vida de más orden y corrección, pues la que observamos, lejos de conquistar los pretendidos títulos que adrede se buscan, nos colocan en mal predicado como hijos nacionales de extraños sentimientos hacia nuestros propios hermanos, y finos y atentos con quienes de nosotros no han reclamado pan ni abrigo porque no lo necesitan todavía y porque nos juzgan en peores circunstancias que las que por ellos atraviesan.

En un periódico capitalino leímos en días pasados, «que adultos y niños miserables, se alimentaban todos los días, con residuos de frutas en mal estado que recogían de los recipientes de basuras del Mercado». ¿Qué se ha hecho en pró de esos pobres y miserables niños y hombres que, como muchas familias en el país, viven dentro de él en el más completo desamparo? Creemos que nada, porque así somos, indicamos la herida, estamos prestos a señalar la úlcera, pero noa restañarla.

Yo excito a la prensa honrada, de buena voluntad y digna intérprete de su misión, inicie una fuerte campaña, a fin de aliviar al pueblo con los productos de fiestas que se organicen en su beneficio, de la miseria que padece. El instinto de conservación nos aconseja sembrar para recoger en nuestro propio solar.

J. M. ACEVEDO

Crespina Oriental

Cura la caspa y evita la calvicie